



San Juan de Ávila 2010

En el Año Sacerdotal

Queridos hermanos sacerdotes, seminaristas y familiares:

En nombre de todos los presentes saludo con cordial afecto y expreso nuestra felicitación y enhorabuena a los queridos hermanos Ezequiel Barbero Bellido, Tomás Fernández Fernández, Francisco Gallardo González, Pedro Antonio Márquez Velasco, César Martín Calvo, Ángel Portela Pérez, Juan José Regalado Hernández y Agustín Ríos González, que celebran hoy las Bodas de Oro de su ministerio sacerdotal, así como a Alejandro Carabias López y José María Blas Rodríguez Boyero, que celebran sus Bodas de Plata.

Igualmente saludo a los queridos hijos Andrés Buenadicha González y Daniel Sevillano Pascua, que hoy van a ser instituidos en el ministerio de lectores. En ellos expresamos nuestra confiada esperanza en el futuro de la misión sacerdotal en nuestra diócesis. Por ellos y por las nuevas vocaciones sacerdotales, que tanto anhelamos, oramos con perseverancia al Señor.

La Palabra de Dios hoy proclamada nos ilumina en la comprensión de nuestro ejercicio de la misión.

En el texto de la primera carta de Pedro aparecen tres rasgos del ministerio de los presbíteros: a) el presbítero es testigo de los sufrimientos de Cristo; b) el presbítero es testigo de la esperanza de participar en la gloria de Cristo que va a manifestarse; c) el presbítero ejerce su oficio de pastor del rebaño con la espontaneidad interior y la generosidad que suscita el amor a Cristo. Este amor hace al presbítero amar a los fieles que le están encomendados y conducirlos con el amable atractivo de su ejemplar seguimiento del Buen Pastor, que da la vida por sus ovejas.

En el Evangelio de Mateo ha aparecido un cuarto rasgo, de gran importancia: Jesús, se compadecía de las gentes a las que anunciaba el Evangelio. La compasión, es decir, el conocimiento de los anhelos y sufrimientos más profundos y la identificación personal con ellos por amor, es condición necesaria para la relación de confianza, que permita sentirse mirado, acogido y valorado con amor por el pastor. Así se sintieron miradas, acogidas y respetadas por Jesús algunas ovejas abandonadas que le reconocieron gozosamente como su pastor.

Pastores de este estilo son los que, como el propio Jesús, hemos de recorrer cada día las ciudades y aldeas anunciando el Evangelio del reino. Ahora, como entonces, las ovejas no escuchan ni siguen la voz de cualquier pastor; sólo siguen al pastor que se ha ganado su confianza como fiel imagen del mismo Jesús y es reconocido como modelo.



Carlos López Hernández

Tales han de ser los sacerdotes que hoy necesitamos, y que hemos de pedir insistentemente al Señor, en obediencia a su mandato.

En nuestro anhelo de perfección espiritual y apostólica nos sentimos hoy alleccionados por el ejemplo y fortalecidos por la intercesión de dos patronos insignes: el patrón del clero secular español, San Juan de Ávila, y el patrón de los párrocos, San Juan María Vianney. En circunstancias históricas muy distintas y con formas diferentes de ejercicio pastoral, un predicador itinerante y un párroco rural, ambos son testigos del sacerdocio como ministerio del amor divino.

El lugar central que ocupa en la doctrina de San Juan de Ávila la experiencia de que “Dios es amor, predica amor y envía amor” tendría una decisiva influencia en la escuela francesa de espiritualidad sacerdotal, en la que se cultivó el Cura de Ars. Juan María Vianney poseía y leía con frecuencia las obras de San Juan de Ávila. Muchas afirmaciones del santo Cura se inspiraban en los escritos del apóstol de Andalucía.

Los tiempos eclesiales que vivieron tanto el Maestro Ávila como el Cura de Ars no fueron más fáciles que los nuestros. Hoy como ayer, tiene sentido la afirmación de Juan de Ávila: “Son muchos los frentes y muy gastada está la cristiandad”. Heredero de muchas concepciones teológicas del Medioevo y de los predicadores populares, tales como Vicente Ferrer, Juan de Ávila fue, sin embargo, un hombre de vanguardia en su tiempo: lee y recomienda la lectura de Erasmo, aunque con cautela; es anti-luterano convencido, pero llama “hermanos conjuntos” a los que se han separado de Roma; denuncia los engaños de los alumbrados, pero promueve la frecuencia de los sacramentos y la lectura asidua de la Escritura. Fue amante de una espiritualidad litúrgica y de la oración mental. Y puso en marcha múltiples iniciativas docentes y catequéticas para elevar la cultura de “las gentes y eclesiásticos”. Por estas y otras muchas razones, Pablo VI dijo de él que podía ser considerado “*un sacerdote moderno*”.

Como otros personajes de la época, sufrió un proceso de la Inquisición del que salió absuelto. Pero esa dura experiencia de persecución y angustia fue la “cátedra” donde adquirió el singular conocimiento del misterio de Cristo que inundó toda su vida.

El centro de su vivir, pensar y actuar es convertir almas a Cristo. Su predicación suscita conmoción espiritual entre el pueblo fiel, adhesiones de clérigos que formará a su medida, e incluso conversiones singulares como la de Juan de Dios o Francisco de Borja. Sus escritos en materias teológicas, bíblicas, espirituales y catequéticas representan una prolongación viva de su predicación y magisterio oral. La irradiación de su testimonio personal le valió la fama de santo por parte de otros singulares santos de su tiempo: Ignacio de Loyola y Francisco de Borja, Juan de Dios y Juan de Ribera, Teresa de Jesús.

Juan de Ávila fue un verdadero reformador de la Iglesia. Su concepto de reforma nace de la comprensión sobrenatural de la Iglesia. Así, armoniza su teología de la



interioridad, según la cual toda reforma verdadera "ha de pasar por el corazón del hombre", con la necesidad de cambios concretos en el aspecto humano de la Iglesia, para que atraiga "a los pobres y alejados".

En la actualidad, la Iglesia se ve cuestionada por la autosuficiencia de la cultura secular laicista, que agosta las raíces cristianas de nuestro pueblo. El nuevo "humus cultural " descristianizado amenaza el ideal y el ejercicio efectivo del mismo ministerio sacerdotal. Este nuevo horizonte cultural repercute de forma negativa en la vida personal y pastoral del sacerdote.

Si hoy estuviera San Juan de Ávila entre nosotros nos enseñaría cómo hemos de dejarnos configurar por la Palabra de la verdad y por el Espíritu del Amor. Su espiritualidad, su vida ministerial y su doctrina teológica están centradas en la experiencia del amor de Dios. San Juan de Ávila definía al sacerdote como el hombre que testimonia el amor divino, lo celebra y lo proclama. Si Dios nos ama con amor de padre, el ministerio sacerdotal ha de ser la presencia significativa de ese amor paternal de Dios a los hombres.

La experiencia del amor hace testigos del amor. Sólo se puede anunciar que Dios es amor si se tiene experiencia de ello. Y Juan de Ávila había sentido y gustado verdaderamente a Dios.

El testimonio del amor a Cristo siempre ha ido unido a la participación en su cruz. La referencia de Juan de Ávila a la Cruz como camino de experiencia del amor de Dios fue una realidad vivida de forma especial en el tiempo que estuvo sometido al proceso sobre la autenticidad de su enseñanza. **En la cárcel ha tenido experiencia del mayor don de Dios y aprendió más que en todos los años de sus estudios.** Dios le concedió allí "*un muy particular conocimiento del misterio de Cristo*" (Luis de Granada, Vida, II, 4,6). Por ello pudo resumir Juan de Ávila este especial conocimiento del misterio de Cristo escribiendo: "**En la cruz me buscaste, me hallaste, me curaste y libraste y me amaste**" (Carta 58, 50-51: IV, 269). Para Juan de Ávila, hablar del amor de Dios, será hablar de la Cruz de Cristo.

La representación de Cristo, que es misión del sacerdote, es una llamada a ser la principal hermosura de toda la Iglesia" por la santidad de vida y la fidelidad a la misión encomendada. Por el sacramento del Orden, el sacerdote ha quedado todo entero consagrado al Señor, tanto en el ser, como en el obrar y el sentir, de manera que la vida de un presbítero ha de ser un sacrificio en honor de Dios. Aquellos que han sido sacramentalmente configurados con Cristo Sacerdote han de llevar una vida semejante a la de Él, de tal manera que sean "carta de Cristo", "buen olor suyo", "hermosura de la Iglesia".

De la enseñanza y la vida de Juan de Avila y de Juan María Vianney podemos deducir algunas claves fundamentales para nuestro ejercicio actual del ministerio.



Estamos profundamente convencidos de que nuestra vida y ministerio se fundamentan en nuestra relación personal e íntima con Cristo, que nos hace partícipes de su sacerdocio. Esta vinculación Jesús la sitúa en el ámbito de la amistad: «Vosotros sois mis amigos», nos dice. Fue Jesús quien nos eligió como amigos y es en clave de amistad como entiende nuestra vocación. Llamó a los apóstoles «para estar con Él y enviarlos a predicar» (Mc 3, 14). Lo primero es «estar con Él», convivir con Él, para conocerle de cerca, no de oídas. Sólo el conocimiento y el amor nos hacen testigos; por ello, necesitamos perseverar en nuestra vocación de amigos de Cristo, llamados personalmente, elegidos y enviados por Él. Por esta amistad con Jesucristo asumimos gozosamente cada día el ejercicio del ministerio

El trato con el Señor en la oración alimenta y lleva a perfección la amistad. Sólo así podremos desempeñar nuestro ministerio y llevar a Cristo y a su Evangelio a los hombres». La oración del sacerdote es acción prioritaria de su ministerio.

Reconocemos que **la amistad con Cristo es la fuente de la que brota espontáneamente la fidelidad** en el ejercicio del ministerio y la comunión en los sentimientos del Buen Pastor, así como la alegría de la entrega de la propia vida. Por la amistad nos dejamos conquistar por Cristo con alegría y asumimos gozosamente el seguimiento de los consejos evangélicos de pobreza, castidad y obediencia, que nos capacitan para ser servidores de todos.

Por experiencia sabemos también que **el amor nos impulsa a “salir a buscar”.** Esta es hoy **tarea del sacerdote como buen pastor, evangelizador y misionero.** Nuestros rediles decrecen. Las palabras de Jesús “tengo otras ovejas que no son de este redil; también a esas las tengo que conducir» (Jn 10, 16) siguen resonando en nuestro corazón. Todos los hombres son ovejas que Dios ama. Por tanto, siguiendo las huellas de Jesucristo, el pastoreo del sacerdote no es sedentario, sino a campo abierto.

Nuestra misión es transmitir el amor misericordioso de Dios. Juan de Ávila y Juan María Vianney consiguieron en épocas bien distintas cambiar el corazón y la vida de muchas personas, porque fueron capaces de hacerles sentir el amor misericordioso del Señor; digamos con palabras de hoy, que ése fue su único "plan pastoral".

Los sacerdotes estamos en el mundo como enviados para su salvación. La Iglesia está en el mundo y es para los hombres, pero no es del mundo. Así somos los pastores. Y hemos de aprender nuestra forma apostólica de estar en el mundo en la palabra de Jesús: «Tanto amó Dios al mundo que... ha enviado a su Hijo... para que el mundo se salve por Él» (Jn 4, 16-17). Esta misión nos resulta dolorosa en muchas ocasiones, por las circunstancias adversas en que la hemos de realizar; y nos cuesta mucho asumir la misión que nos une a la Cruz de Nuestro Señor Jesucristo. Pero sabemos bien que los sacerdotes tenemos que llevar la cruz en el ministerio; y que necesitamos aprender cada día a llevarla con alegría. ¡Bendita Cruz de Cristo!, que siempre estará presente en nuestras vidas.